



Mahomet el Bermejo.

I.



abía el sol transcurrido su carrera, la pálida luz de la tarde bañaba las elevadas almenas y pardos torreones del Alcázar de Sevilla, y sus rayos reflejaban sobre las aguzadas picas de los guerreros que coronaban sus muros. El rastrillo se había levantado, y las avenidas estaban custodiadas con puestos avanzados: el mayor silencio reinaba así dentro como fuera del Alcázar; los salones que conducían á la cámara de D. Pedro estaban ocupados por sus donceles y escuderos, á quienes acompañaban, aunque for-

mando diferente seccion, los oficiosos cortesanos.

En el último piso del edificio, hacía la parte del Norte, tenia su morada un Israelita de avanzada edad, médico y astrólogo del Rey: la habitacion estaba amueblada con sencillez, pero sin faltar ninguno de los elementos que constituyen los goces de la vida: sobre la mesa habia colocados algunos manuscritos egipcios: instrumentos y máquinas astronómicas, cuyo uso era desconocido á los profanos; y en la bóveda se habia practicado una abertura, desde la cual se descubrian fácilmente los astros.

Todo reposaba en la mayor calma, y el Hebreo solitario parecia absorto en la lectura de sus misteriosos volúmenes, cuando la mano de un extraño

que dió dos palinadas sobre sus hombros, le distrajo de su meditacion. — ¿Quién es el osado mortal que se atreve á interrumpir mis observaciones? exclamó con voz balbuciente y pintándose la cólera en su trabajado semblante. — Calmaos, sabio Datán, contestó el desconocido descubriendo su rostro y presentándose ante el astrólogo. — El Dios de Moisés os bendiga, poderoso Chanciller, y derrame su cólera sobre vuestros enemigos: creí que algun escudero vendria á importunarme con sus necias consultas; por lo demas ya sabeis que la humilde habitacion del judío Datán está á vuestra disposicion. — Lo agradezco; venia solo á consultaros sobre un negocio de la mayor gravedad. — Decid lo que gustéis; si os conduce á mi morada el deseo de que registre vuestro oroscopo y lea en él las desgracias que os amenazan, voy á disponerlo todo, y en el momento estará satisfecha vuestra ansiedad. — No os molesteis, Datán; aun cuando fuese cierta vuestra ciencia jamas me valdria de ella para averiguar mi destino; sabeis que si bien ejercen esos geroglíficos una poderosa influencia en el ánimo del Monarca, nunca los he dado el menor crédito: se trata solo de que á favor de esa misma supersticion le hagamos instrumento de nuestra grandeza: pero tiembla si meditasen alguna traicion; la menor palabra de mi sobrina sería bastante para derribar tu caduca cabeza y hacerla servir de espectáculo al populacho; ya sabes lo que es Inestrosa cuando se trata de sus intereses. — El Hebreo se estremeció inclinando la cabeza en señal de aprobacion. — Escúchame; tienes una hija, segun dicen, hermosa; pues bien, es preciso que salga del Alcázar y no vuelva á presentarse en la Corte; sus gracias han llamado la atencion del Monarca, y podria peligrar la privanza de mi

sobrina. — ¡Mi hija! ¡mi hermosa Dolila separarla de mi lado para entregarla á manos mercenarias! no, Chanciller, pídemela la vida, pero déjame morir á su lado; que ella cierre mis cansados párpados, y riegue mi sepulcro con sus inocentes lágrimas. — ¿Y te atreves á contrariar mis deseos, maldecido Israelita? ¿sabes que una simple indicacion de D.^a María de Padilla será suficiente para colgarte de una almena? decídetelo; ó sale antes de una hora tu hija de Sevilla, ó voy á buscar la orden para tu suplicio. — Estoy pronto á complaceros (contestó el astrólogo pintándose la consternacion en su semblante); pero mi hija!... — No temas; Dolila será depositada en el Monasterio de Santa Clara y tratada con el mayor decoro; toma esta bolsa, contiene ciento cuarenta doblas, recíbela en recompensa de tus servicios, pero es preciso que obres en un todo con arreglo á mis designios. — Los ojos del Hebreo brillaron al ver entre sus manos suma tan considerable; Inestrosa le dió entonces sus instrucciones, al fin de las cuales añadió: dentro de cortos momentos subirá S. A. como tiene de costumbre; comunícale esas nuevas como leidas en su oroscopo, procurando inclinarle á... ya sabes que tu cabeza depende del acierto con que manejes este negocio. — Los pasos de una persona que se acercaba obligaron al Chanciller á retirarse apresuradamente por una puerta secreta: el nuevo personage entra, y el judío le saluda con la mayor sumision. — Datán, consulta inmediatamente mi oroscopo. — El Israelita, despues de contemplar largo rato los astros, se expresa en estos términos con acento solemne: dos fenómenos presenta hoy el planeta que preside el destino de V. A.; aquella estrella que por la parte de Oriente se dirige hácia él, es

la de un príncipe poderoso que viene á pedirnos proteccion: hablo del usurpador Mahomet el Bermejo: dentro de pocos dias llegará cargado de considerables riquezas; ¡infeliz! no sabe que su destino le conduce á la muerte: ¡descubre V. A. aquella nubecilla que va empañando su brillo? pues anuncia la destruccion del rey Bermejo; debe morir en Sevilla, y el poderoso D. Pedro ser el instrumento de la venganza celeste. El astrólogo calla, dirigiendo hácia el Rey sus maliciosas miradas: D. Pedro guarda silencio y permanece absorto en sus meditaciones; pasados unos instantes esclama con resolucion: Mahomet fué el asesino de su Soberano, yo seré el vengador de Ismael: ¿qué mas tienes que comunicarme?—La llegada del Maestro de Calatrava, añadió el Hebreo con mal reprimida alegría: el rey Bermejo queriendo grangearse la voluntad de V. A. remite los prisioneros que hicieron sus tropas en el encuentro de Guadix.—Nada me importa, ya tengo reemplazado el Maestrazgo, y... —Sin embargo la estrella de D. Diego García de Padilla se ostenta en todo su brillo, y sería peligroso...—El Rey no dió lugar á que continuase el astrólogo, y levantándose con precipitacion salió del aposento. = ¡Miserable mortal! exclamó el Israelita; la supersticion te arroja en mis brazos, y creyendo obedecer tu destino, eres el juguete de mis pasiones.

II.

La Luna derramaba sus plateados rayos sobre las solitarias calles de Granada, y aquella ciudad tan popular, tan fecunda en aventuras y tan activa con sus jardines y su Alambra, yacía sumida en el mayor silencio: no parecia Granada sino la imagen de su hermosura, dibujada en la cristalina

superficie del caudaloso Darro. Un Sarraceno de gallarda presencia cruza velozmente las calles y se detiene al pie de un elegante edificio, cuyas doradas rejas dejan ver entre los hierrros sus pintadas celosías; el amante dirige hácia ellas sus negros y rasgados ojos, y lanzando un suspiro templado el laud, cantando al compás melodioso de sus cuerdas las siguientes trovas.

Adios, Zoraida, mi estrella,
señora del corazón;

Adios, Granada, la bella,
morada de bendición:

Yo te ví, Zoraida, hermosa,
vírgen pura del Geníl,
lozana como la rosa,
como la palma gentil.

Yo ví tu blanda sonrisa,
la sonrisa del amor;
yo triunfé con tu divisa,
yo me vestí tu color.

Y en tus ojos virginales,
ansioso busqué mi bién,
de cien moros mis rivales
venganza tomé también.

¡Mas ay! que la suerte impía
me lleva lejos de tí:
mal haya esa celosía
que te separa de mí.

Adios, Zoraida, mi estrella,
señora del corazón;
Adios, Granada, la bella,
morada de bendición.

El Moro calló, y sintiendo pisadas cerca de sí, tantea su alfange resuelto á defenderse: un esclavo se acerca y le dice con acento misterioso: valiente Almanzor, retiraos inmediatamente ó pelagra vuestra cabeza; mi amo tiene apostados espías á fin de sorprenderos; Zoraida me ha entregado esta caja para tí, encargándome te defienda á todo trance: puedes contar con el brazo de Malek. El Sarraceno duda un momento; abre la caja, descubriendo en

:

ella una trenza de los hermosos cabellos de Zoraida, la aplica con delirio á sus abrasados labios, y le dice al esclavo: Malek, agradezco tu oferta, di á tu Señora que esta noche salgo para Sevilla en compañía de Mahomet, nuestro Soberano; pero que dentro de tres dias Almanzor será su esposo, ó habrá dejado de existir. Un suspiro se exhaló de su angustiado pecho, y tomando el camino de la Alambra desapareció.

En aquel suntuoso palacio, lleno de aromas y de placeres, y engalanado con todo el lujo oriental, se habian reunido los pocos Sarracenos, que acompañando en su desgracia al rey Bermejo, estaban resueltos á seguirle. Este ambicioso Moro que desde la simple clase de Arraez se habia colocado sobre el trono de los reyes de Granada, asesinando á su Soberano, lleno de consternacion al saber que las tropas de D. Pedro entrando segunda vez por sus dominios habian tomado las principales plazas; y viendo por otra parte que los pueblos se pronunciaban en favor de Mahomad, su competidor, y hermano del difunto Ismael, toma la resolucion de abandonar á Granada y ponerse á merced del rey de Castilla.

Efectivamente, en la noche del 18 de Enero de 1362 sale de la Alambra, y dirigiéndose á Sevilla, deja vacante el trono que tan ilegítimamente habia ocupado.

III.

Dios te guarde, el de Albornoz. — Y á vos tambien, señor Chanciller. — ¿Qué nuevas corren por Sevilla?—Bien pocas; los pecheros se ocupan mas de la exorbitancia de los impuestos, que de las intrigas cortesanas: á pesar de eso ha llamado bastante la atencion la llegada del rey Bermejo, y la cai-

da de un favorito.—¿Y quién es el desgraciado?—Suponía que estaríais mas al corriente en este negocio que os interesa tan de cerca; la voz mas válida en todos los círculos de la poblacion era la del nombramiento de D. Iñigo Lopez de Orozco para el Maestrazgo de Calatrava, y la deposicion de vuestro sobrino, el cual parece ser ha caido en la desgracia de S. A. por la derrota de Guadix. — Es imposible, interrumpió Inestrosa, cubriéndose su frente de una palidez mortal. — Pues yo pondría mi destino de copero á que D. Iñigo se calza con el Maestrazgo: su carácter afable se ha grangeado la voluntad de D. Pedro, y mucho temo que vuestro sobrino... — Por mas valimiento que tenga el de Orozco con S. A. no será mayor que el de D.^a María, y bien puedes conocer que esta sabrá inclinar el ánimo de D. Pedro, y su hermano no será privado del Maestrazgo. — Sin embargo no debeis confiar tanto en su privanza, y recordar que S. A. prefirió en cierta ocasion á D.^a Juana de Castro; tal vez podría suceder...—Basta, no me recuerdes tan desagradable incidente: supongo que Mahomet, á quien se invitó para la cena, habrá llegado al Alcázar. — Mas de una hora ha que entró acompañado del Maestre de Santiago y otros caballeros Moros. — Pues bien, retírate, que S. A. no tardará en llegar. —

El page salió, y el Chanciller paseando á lo largo del salon agitaba en su cabeza mil planes ambiciosos, cuando la voz de un escudero que anunciaba la persona del Rey vino á distraerle.

D. Pedro, á quien seguía un cortejo numeroso, entró en el aposento llevando á su derecha á Mahomet, cuarenta Sarracenos le acompañaban, y en sus trages brillaba toda la magnificencia oriental: la mesa estaba cubierta de manjares deliciosos, los vinos se servian con profusion, y la alegría

animaba el semblante de todos los concurrentes. El mismo Mahomet participaba de ella, bien lejos de sospechar que aquella noche sería la última de su existencia.

Concluido el banquete, Martin Lopez de Córdoba, Camarero de D. Pedro, se dirige al rey Bermejo y le comunica su prision: un número considerable de ballesteros aparece á la entrada del salon, y á una seña de Inestrosa se apoderan de Mahomet y le conducen á la Atarazana. La noticia de su prision se divulga en la Ciudad á la mañana siguiente; los que se creen mas iniciados en los secretos de la Corte añaden que será decapitado; y esta nueva llena de admiracion á los habitantes de Sevilla, que censuran amargamente la depravada conducta de D. Pedro. La muchedumbre se agrupa en la plaza, que designan como destinada para la ejecucion, y un rumor lejano, semejante al que producen las olas blandamente mecidas por la brisa,

anuncia la llegada del rey Bermejo. Un asno es su cabalgadura, una túnica de escarlata su traje, y en tan degradante posicion cruza las calles, sirviendo de escarnio al populacho que se agolpa por todas partes. El pregonero impone silencio para leer la sentencia, que está concebida en estos términos: *El muy poderoso D. Pedro, rey de Castilla, ordena esta justicia, para ejemplar castigo de Mahomet, asesino de Ismael, su Rey y Señor.*

Nada se volvió á saber de los desgraciados Sarracenos que acompañaban al rey Bermejo. Una mañana se anuncia en Ronda un mensaje de Don Pedro; conducido su portador á presencia de Mahomad, le entrega una grande caja que lleva consigo, y desaparece: los ojos de aquel Príncipe brillaron con diabólica sonrisa, al descubrir en esta urna fatal la cabeza del rey Bermejo, y las de sus mas decididos partidarios.

E. Vives.

EL HOMBRE OSCURO.

Hay en la sociedad un ente que merece llamar la atencion del Filósofo, por las incomprensibles anomalías que presenta, por la variedad de caracteres que ofrece. Un naturalista superficial le colocaria desde luego en la especie humana: un observador profundo arrojará al estudiarle sus antiparras sobre el bufete, fruncirá las cejas, se pasará la mano por la barba, hará un gesto de impaciencia y concluirá por decir «no le conozco, es un capricho de la naturaleza.» Y lo mas singular es que su forma exterior es igual á la de cualquier Pedro Fernan-

dez, ó Antonio Lopez, porque gasta su fraqucito entallado, su pantalon á la inglesa, su sombrero de fieltro y su baston de bambú. Item mas, se riza el pelo á media caña y se baña la cabeza con oloroso aceite de franchipana ó bergamota; mas con todas estas apariencias de persona racional, y con todos estos adminículos de sociabilidad y buen tono, no es un hombre; es una planta exótica que vive sobre la tierra sin esparcir olor, y muere sin dejar ningun rastro marcado de su existencia. Vedle allí... ¿no le distinguís en el opaco rincon de la sala don-

de la etiqueta ha reunido un considerable número de personas? Semejante á una estatua no cambia nunca la posición que ha tomado una vez, no rie sino á medias, temeroso de descomponer su gravedad, no habla porque una Señorita que le escucha maneja el dardo del sarcasmo y él no tiene fuerzas para resistir á este arma emponzoñada. Incrustado en la baqueta de su asiento, como un pedazo de granate en la roca que le sirve de matriz, se asemeja á una máquina sin resorte, á un reloj descompuesto, ó mas bien á una silla colocada sobre otra silla. ¿Piensa este ser como los demas seres que le rodean? ó acaso su cerebro participa del sueño estúpido en que yacen aletargados sus miembros.—Yo os diré lo que pasa en su interior. Él medita, él discurre filosóficamente, él sondea con su profunda mirada el interior de los entes vulgares que le rodean; pero no sabe espresar lo que concibe, no acierta á manifestar lo que sabe, por que oprimido dentro de la concha rústica que le cubre, se fatiga cuando quiere revolverse en ella para asomarse á la sociedad, y torna desfallecido á sepultar la cabeza en su impenetrable retiro. Dotado de unas pasiones ardientes, de una imaginación exaltada, concibe, siente, padece, se remonta á los fantásticos paraísos, desciende á los espantosos avernos, pasa una revista mental á la historia de los siglos y abraza á la vez las regiones todas, desde el risueño Ganges hasta el *Támesis* sombrío, en tanto que suenan las doce; la tertulia se disuelve y él coge el sombrero sin haber contribuido á la conversacion con una palabra, ni á la animacion y á la vida de la sociedad con un gesto. «Es un autómeta, dice una niña sonriéndose al verle marchar.» Dí mas bien que es un buho, replica una Señora de mas edad, que se levanta para

despedirse. ¡Pobrecillo, esclama la dueña de la casa, tomando su defensa! es un infeliz que ni siente ni padece. A fuerza de leer se ha desecado su cerebro y convertido en un pergamino sin jugo ni flexibilidad alguna para recibir impresiones.—Y él está enamorado, añade un elegante con cierto airesillo burlesco que parece decir «vaya un galan de comedia.—¡Enamorado! responde una Señora casada que está poniendo las capotas á sus niños para despedirse... Si llama V. enamorado á un hombre de hielo solo porque se sienta al lado de una muchacha y la dirige cada dos horas una triste mirada... mirada, así como la de un devoto que reza á la Virgen de las Angustias, entonces digo que tiene V. sobrada razon. Pero yo jamas creeré en un amor tan frio y tan descolorido. Yo de mí sé decir que me casé enamorada; pero fué porque mi marido supo manifestarme un entrañable amor, no separándose jamas de mi lado, aunque tuviese para ello que abandonar sus ocupaciones, no dejando de halagarme continuamente el oido con sus lisonjas, no perdonando medio de lucir todas sus gracias cantando, accionando, riyendo y figurando el arlequin con sus movimientos pantomímicos. Cuánto fuego habia en su cariño... es verdad que al poco tiempo de casados... hizo en esto un ademan para enjugar las lágrimas y exclamó con viveza. Vamos, niños, vamos al instante á casa, porque vuestro padre creo que esta noche, por la primera vez en el año, quiere dormir con nosotros.

Id en paz, gentes de la sociedad y del movimiento, yo voy á seguir un rato al hombre del retiro y de la inercia. Está sentado á su bufete; un quinqué alumbra su estancia, donde todo respira el orden, todo anuncia la paz. Escribe unos pliegos robando sus horas al sueño, para ayudar con su pro-

ducto al sostenimiento de su familia. De rato en rato se levanta para hacer una visita á su hermano enfermo. Entra pausadamente en la alcoba y observa que duerme... no se atreve á despertarle y le contempla un rato cariñosamente poniendo la mano sobre su corazon. ¡Qué cúmulo de ideas tristes, de imágenes devoradoras se agolpan á un tiempo á su imaginacion! ¡Una lenta enfermedad consume los dias del hermano que adora, un amor inflamado circula por sus venas, la pobreza le agobia é imposibilita de acercarse al altar de himeneo, sus amigos le abandonan porque no conocen su corazon ni sus necesidades, la sociedad le rechaza de su seno, porque le juzga insensible é imbécil... lo pasado le ofrece el cuadro de la infancia débil, ignorante, necesitada... lo presente, el de las humillaciones, el de la escasez, el de la injusticia... el porvenir... ¡ah! el porvenir no puede pintarse risueño en la mente de un jóven de cinco lustros que ya es infeliz á esa edad.

Recuesta la cabeza en la almohada y el sueño huye por un momento de sus párpados. La imagen de Luisa se presenta á sus ojos, la imagen de aquella Luisa, tan niña, tan cariñosa, tan inocente... y se sonríe un momento, pensando en su candor y en sus gracias... pero de pronto anubla su frente un pensamiento sombrío." Ella desconfía de que yo la ame, dice entre sí, porque no conoce sino una pequeña parte de las sensaciones que me hace experimentar. Cuando estoy á su lado late mi corazon con violencia, arde en mi cabeza un volcan; y á pesar de eso mi lengua enmudece, mi rostro permanece tranquilo, mis ojos la miran con turbacion; pero sin espresar el fuego que me devora." Y este ente sensible se consume al ver que no es comprendido y que no posee nin-

gun medio de hacerse comprender.

Hay gentes dotadas del don de la persuasion: hombres cuya fisonomía se doblega y amolda al language de todas las pasiones, de todos los sentimientos. ¿Se refiere una desgracia que acaso no afecta de modo alguno la sensibilidad del que la escucha? vereis el rostro de éste inmutado y cubierto de una intensa espresion de melancolía: ¿se cuenta un suceso chistoso? el espectador cambia repentinamente de gesto, sus ojos chispean de alegría, su boca derrama á borbotones las mas estrepitosas carcajadas, y en tanto el jóven austero, el amante de Luisa, no descompone la seriedad de su semblante, aunque su corazon se comprime en la presencia del desgraciado, y se dilata dulcemente el aspecto del dichoso.

¿Cómo definir este ser? ¿cómo luchar contra la preocupacion envejecida de que el rostro es el fiel espejo del alma, y que solo en él pueden estudiarse las sensaciones interiores? No existirá un hombre cuyas pasiones, semejantes á un fuego cubierto con ceniza, no reflejen ninguna chispa en ese espejo, y que reconcentradas en sí mismas obren por esta razon con mayor intensidad? Sí, existe: volvamos los ojos hácia Roberto, ese mancebo tan lacónico en su espresion como mudo en su semblante. Su natural encogimiento proviene en gran parte del miedo pueril con que teme ponerse en ridículo. Esto revela en él un escesivo *amor propio*. Él trabaja incansablemente por adquirir ideas, lo que prueba que conoce las delicias *del sabio* y que suspira por *la gloria*. Él parte generosamente con su familia el producto de sus tareas, lo que indica que no le son desconocidos los vínculos de la *sangre ni del cariño*. Él adora á Luisa, no como los entes vulgares que halagados por la impresion del momento, derraman á los pies de una hermosa las

refinadas espresiones de una trivial galantería, sino con el casto fuego de un hombre que se decide á sacrificar su independencia, su libertad y su reposo á la felicidad de una muger. Esto manifiesta que está en posesion del *verdadero amor*. Él en fin distribuye sus escasos ahorros entre personas necesitadas, y... quiero referir este rasgo porque no me escucha en este momento, y no podrá resentirse su natural modestia. Una noche de invierno regresaba á su casa despues de las prolongadas tareas del bufete: una pobre anciana temblando de frio se aproximó á pedirle un socorro: él la examinó largo rato al resplandor de un farol, y creyó reconocer alguna semejanza entre las facciones de la vergonzante y las de una madre á quien la muerte arrebató de sus brazos. Una sensacion extraordinaria de dolor y de compasion se apoderó de su espíritu, dejó en manos de la anciana las únicas monedas que llevaba, la ganancia de un dia de fatiga, y fué á sepultarse en el rincon de su gabinete enjugándose á hurtadillas las mal reprimidas lágrimas. Este hecho delata su *sensibilidad*, y basta por sí solo para decir al ignorante vulgo: respeta á este hombre á quien no conoces.

Ved aquí como se puede *compadecer y amar*; como se puede tener pasiones ardientes y estar dotado de una sensibilidad exquisita, sin mostrarse en el mundo como un ente sociable. Si todos poseyesen las ciencias naturales, los metales brillantes que se asemejan al oro, no serían recogidos con tanto afan por los que juzgan tener en semejante hallazgo unas minas de riqueza, al paso que se buscarian con ansia esas informes rocas que el vulgo desestima por su fealdad, y en donde el mineralogista recoge el oro vírgen entre un polvo ceniciento y deleznable.

¿Mas qué fúnebre espectáculo es el que se presenta en la puerta de esa casa donde habita el desgraciado Roberto? Cuatro pobres de la Parroquia sacan en angarillas un cadáver y ningun amigo sale en pos del difunto para esparcir una flor en su tumba... Es él... es el amante de Luisa que ha sucumbido al fin al peso de sus tormentos. La hermosa á quien amaba se disgustó de su aparente frialdad, vió brillar dos charreteras en los hombros de un voluble mancebo, y abandonó al hombre enamorado á quien no merecia y que no pudo conocer... — Pero oigamos, oigamos. Dos curiosos hablan en voz baja muy cerca del cadáver, y acaso nos den algunas luces sobre su trágico fin. — Uno de ellos pregunta ¿quién es este hombre que ha muerto? Yo he dicho lo mismo á todos los vecinos de la calle y ninguno ha sabido contestarme. — Y el otro responde, yo le conocí por casualidad: era un filósofo extravagante sin dos adarmes de sal ni de seso: tengo para mí que no era capaz de cobrar cariño á la camisa con que dormia. Se ignora si tenia lengua, porque jamas desplegaba sus labios. — Mas se conoce que era un pobrecillo porque jamas se le sintió reñir ni dar patadas en su cuarto... ¡Pobre diablo! — El Señor le lleve á su santa gloria, y le coloque en parage donde haya poca luz, porque á decir verdad, era un entecillo tan desabrido é insustancial que solo puede residir entre tinieblas, y si determina la Parroquia que se ponga algun ladrillo en su sepultura yo por mi parte estamparía sobre él con un pedazo de carbon estas palabras «aquí yace un *hombre oscuro*».

C. Diaz.